Motecuhzuma solía ser un capitán de mexicanos y mi padre rey de los aculhuas y que entró en el reino mexicano dándole mi padre la investidura de rey y por ventura se la quitó a otro que con más justicia se le debía; y esto sabéis, señores, muy bien, pues pasó en vuestro tiempo y en vuestra presencia; y siendo esto así verdad, ¿qué razón tuvo Motecuhzuma de atreverse a mi padre? ¿Fue por ventura porque después que trató con él de la venida de otras gentes se le daba poco a mi padre de las cosas del gobierno? ¿Pues no sabéis (y yo lo sé) que si el rey Nezahualpilli, mi padre, quisiera le costara muy poco quemallo a él y a su ciudad, como hizo el emperador Nezahualcoyotzin, mi abuelo, en tiempo de Izcohuatzin, a quien de su mano hizo rey, que fue el primero que tuvieron sin tributo los mexicanos? Y si todas estas cosas son verdad y han pasado en vuestro tiempo, ¿qué razón hay para que mis hermanos Cacama y Coanacotzin se sujeten a la voluntad del rey Motecuhzuma? De manera, señores, que concluyendo digo que hagan enhorabuena lo que quisieren y que se guarden de las astucias y asechanzas del rey de Mexico, nuestro tío, que yo espero que el imperio se juntara (cuando ahora se divida) y no estará diviso y será en la persona que por valor lo mereciere. Con esto despidió a estos señores y se vinieron con la respuesta a Tetzcuco.

Cacama, que era rey y se había introducido en el reino con el favor de su hermano Coanacotzin, quiso pagarle esta buena obra y amor que le tenía con darle una parte de las rentas de su reino y señalóle treinta y tres provincias de las que le tributaban hacia la parte del sur y él se quedó con el señorío de todo y con la renta común que de las otras partes le tributaban. De esta manera se concertaron estos tres hermanos y no les duró más tiempo que espacio de dos años, porque luego el de mil quinientos y diez y nueve fue la venida de los españoles; y cuando llegó la nueva de su llegada las cosas se volvieron de otra manera, como adelante veremos; y esta división presente parece que fue un pronóstico de la ruina que ya de próximo les amenazaba.

CAPÍTULO LXXXVII. *De otras guerras hechas por el rey Motecuhzuma de Mexico y Cacama de Tetzcuco y Totoquihuatzin de Tlacupan*

UERTO EL REY NEZAHUALPILLI DE TETZCUCO y entrando en su lugar su hijo Cacama (como se ha visto por los capítulos pasados) corrió la confederación de los reyes como hasta entonces lo habían acostumbrado; y este mismo año, de este nuevo rey, vinieron los huexotzincas a Mexico a pedir a Motecuhzuma favor contra sus enemigos (con los cuales había ya más de diez años que traían guerra) y juntamente a pedir treguas para con los mexicanos. Consultólo con Cacama, rey de Tetzcuco y con Totoquihuatzin de Tlacupan; y siendo todos de un parecer concedieron su

petición, con calidad de que habían de ir presidios de mexicanos, aculhuas y tepanecas a aguardar y tener seguras las tierras del volcán y sus laderas; lo cual se hizo sin contradición ninguna; y con estas treguas y seguro que hubo de la una parte y de la otra vinieron los huexotzincas a la provincia de Chalco y a tierras de Mexico y Tetzcuco a tratar y contratar y buscar las cosas necesarias para su conservación; y mandó Motecuhzuma que fuesen tratados como proprios por todas partes y que no les hiciesen mal ni los comprasen ni tuviesen por esclavos; pero los tlaxcaltecas, que supieron estas nuevas treguas y que los mexicanos pasaban los puertos y volcán para estar de presidio en la otra parte de la sierra, en los términos de sus tierras, saliéronles al camino y tuvieron una muy reñida batalla y murieron muchos de ambas partes; pero de los mexicanos hubo muchos muy valerosos en especial Xiuhpanoctzin, Ayximachoctzin, Itzpapalotl y Atotococtzin, y fueron presos de los tlaxcaltecas Tlacahuepantzin y Ometochtli; y fue esta guerra muy celebrada por haber sido entre gente tan valerosa y haberse hecho muchas y muy buenas suertes en ella.

En el año quinceño de este rey Motecuhzuma fueron sobre los de la provincia de Centzontepec, la cual asolaron y destruyeron y cautivaron sus moradores y vinieron con victoria. Y este mismo año un señor muy principal de Huexotzinco, llamado Tlachpanquizqui, cometió adulterio con dos mujeres de otros dos señores, llamados Quauhtencoztli y Huiznetzin, de que se alborotó la república por ser personas muy de cuenta en ella los ofendidos; y juntos algunos señores de la parcialidad de los ofendidos no hallaban traza ni manera cómo vengarse por ser poderoso, así en su persona como en poder Tlachpanquizqui, que era el ofensor, y determinaron de venir con la queja a Motecuhzuma, el cual la oyó y prometió el castigo. Ofrecióse en esta sazón que los tlaxcaltecas tuvieron guerra con los huexotzincas, viniendo en ella un valeroso capitán tlaxcalteca que hacía riza en los ejércitos contrarios. Este Tlachpanquizqui lo prendió y cautivó y trajo a Mexico; y porque de su prisión resultó un muy grande vencimiento y victoria, que se alcanzó de los dichos tlaxcaltecas con mucha honra de los mexicanos, le fue perdonada esta culpa y hechas muy grandes mercedes. Luego el año siguiente tuvieron guerra los mexicanos con los tlaxcaltecas, donde se juntó casi todo el poder mexicano; y no sólo no los vencieron, pero murieron en ella muchos de los amigos y confederados y de los mismos mexicanos tres mil y doscientos; y de los señores valientes y belicosos, Motlatocazomatzin y Itzpapalotzin; y de los que estaban de presidio en Huexotzinco fueron Huitzilihuitl y Temictzontemoc y Cipac; y de estos mismos de esta frontera y presidio hicieron presa y cautivaron esclavos Motelchiuhtzin y Chopitl, y se mostró en esta guerra muy valeroso Quauhtencoztli; y después de esta guerra fueron estos reyes a los chichimecas y tierras de Mazatzintla y les salieron al encuentro los metztitecas, que eran de la parte de Ixtlilxuchitl, y tuvieron un muy reñido reencuentro; pero vencieron los mexicanos y tuvieron muy rica presa y conquistaron también a los zacatepecas. En estas guerras y otras semejantes se ocupó Motecuhzuma los años que fueron diez y seis, diez y siete y diez y ocho de su reinado; y al diez

y seteno permitió a los huexotzincas irse a su casa y les quitó el presidio que les tenia puesto; y el diez y ocheno hicieron los mexicanos la estrena de un templo llamado Cohuatlan, donde fueron sacrificados y muertos muchos de los cautivos habidos en estas guerras dichas (que fueron cuasi sin número); y luego al año siguiente, que fue el diez y nueve del gobierno de este rey, entraron en la tierra los españoles y cesó con su entrada todo esto y las cosas tomaron otro camino; y con esta mudanza se acabó este monárquico imperio como han acabado otros muchos que ha habido en el mundo, como en otra parte hemos dicho.

CAPÍTULO LXXXVIII. *De la manera con que se servía el rey Motecuhzuma en su comida y la gente que le asistía a ella, y audiencia que daba y pasatiempos de que gustaba en aquella ocasión*

POR REMATE DE LAS GRANDEZAS de este rey Motecuhzuma quiero decir lo que otros también han dicho; pero porque no lo han tratado con la misma puntualidad que el padre fray Bernardino de Sahagún, que fue el que más supo de ello, digo con él que era tanta la grandeza de este idólatra rey, que cuasi se quiso parecer a Nabucodonosor en la soberbia; y aunque no se hizo adorar como dios, al menos hízose reverenciar como hombre que parecía endiosado; y en lo que mostraba mucha de su autoridad era en el acto del comer porque comía solo; y era tan grande la abundancia de viandas que se le llevaban, tan varias y de tantas maneras aderezadas, que parece cuasi increíble y podían comer de ellas todos los principales de su casa. La mesa era una almohada o un par de cueros de color; la silla un banquillo bajo y pequeño (que llaman icpalli) con su espaldar hecho de una pieza, cavado el asiento y lo mismo el respaldo, labrado de talla y pintado de colores con todo primor y artificio; los manteles, pañizuelos y toallas, eran de algodón (porque no conocieron lino ni cáñamo ni otra cosa de que poder tejer sus ropas, ni en esta tierra lo hubo si no fue el maguey que sirve como el cáñamo); y era esta ropa tan sutilmente hilada y tejida como la muy fina holanda, y tan blanca como el papel o la nieve; la que de esta ropa se ponía una vez nunca se volvía a poner otra; pero quedaba después de haber servido a la mesa del rey para sus caballeros y oficiales de boca.

Traían la comida cuatrocientos pajes caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en una sala, y cuando el rey salía a comer mirábala toda y con una vara o con las manos señalaba lo que mejor le parecía, y luego el maestresala ponía debajo de ello braseros para que no se enfriase; y nunca Motecuhzuma dejaba de hacer esto sino alguna vez que los mayordomos le alababan mucho algún particular guisado o potaje. Antes que se sentase a comer llegaban veinte mujeres de las más hermosas de su palacio